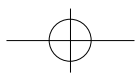
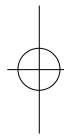
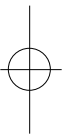


RELACIONES LITERARIAS, INFLUENCIAS, RECEPCIÓN



VIAJE AL CENTRO DE DOS CORAZONES

HÉCTOR DANTE CINCOTTA

La poesía de Miguel Hernández más que una poesía es una tristeza tejida constantemente de lejanías, ausencias y muerte. Un desasosiego permanente que se fue integrando a su cuerpo, fue su cuerpo y luego su voz y por que no decir su muerte también. No es secreto, sino hecho de muerte y de piedad. La fue escribiendo desde niño.

Publicó su primer poema titulado "Pastoril", aparecido en 1930, hasta mostrarla definitiva.

Pienso en su imagen como la cara de un niño y con los años me parece estar con alguien que fue creciendo en la tristeza. La poesía no siempre está con los hombres o tendiéndole la mano. A veces está lejos, instalada, inasible, es como un barro que busca el alfarero para darle forma y tanto le cuesta.

La poesía es más que un mundo que nace del olvido, se perpetúa en la memoria del otro o muere. La concibió como la sujeción de toda la tristeza con frío y calor y muy pocos la han sostenido como a un verdadero amor.

Hernández ha conseguido (casi por una acción de piedad) acariciar su propia muerte.

Me pregunto si a un hombre que han querido matarlo de a poco, que lo han menospreciado diariamente, con tanta fuerza ha podido sostener los días de Alicante. ¿Cómo pudo vivir? La única respuesta, aunque parezca sencilla fue gracias a la poesía. La poesía perdura, olvida, recuerda, castiga, te enaltece, te lleva, te trae, te mata, te ama, en fin es totalmente abrasador.

Ese rostro de niño de las antologías, esa cara que vi de muchacho en el campo, su imagen hablando a los 27 años en el patio de la plaza de su ciudad natal, esa otra cerca de su mujer y la última al lado de sus hijos escribiendo a máquina y ese rostro que nunca había visto y me obsequiaron es la que más tristeza me ha causado. No puedo concebir ni aceptar como se puede dañar tanto a un hombre.

Verlo, en sus distintas épocas, fue para mí acordarme de la máscara de Leopardi. A ambos los llamó la tristeza y entre la tristeza y la alegría, también deseo referirme a ese poeta que encontró la voz, no como símbolo ni metáfora para referirse al amor, sino a lo más íntimo del ser, al motivo particular y deseante de darnos su origen de hombre.

Fue perfecto en su forma. Paul Valéry nos recuerda: “La poesía que contenga nada más que poesía no es un poema”. El soneto, curiosamente, es el motivo más serio que nos brinda el amor y la muerte.

Yo sé que ver y oír a un triste enfada
cuando se viene y va de la alegría
como un mar meridiano a una bahía
a una región esquiva y desolada.

Lo que he sufrido y nada todo es nada
para lo que me queda todavía
que sufrir en el rigor de esta agonía
de andar de este cuchillo a esta espada.

Me callaré, me apartaré si puedo
con mi constante pena instante, plena,
a donde ni has de oírme ni he de verte.

Me voy, me voy, me voy, pero me quedo,
pero me voy, desierto y sin arena:
adiós, amor, adiós hasta la muerte.

Por ello este soneto contiene el tiempo, la ternura, el sentido de la lejanía, la idea de la muerte y su lenguaje nada convencional, pero sí entrañable. Sentimos al finalizar su lectura que queremos vivir con él y para él, para el amor, para ella que es el símbolo del amor, para esa condición humana que nos brinda esa condición de estar enamorado.

Por momentos estamos frente a un poeta clásico en sus formas, y al decir clásico decimos de siempre. No pensamos en las ataduras a Góngora o a Lope, sino en lo más genuino de su voz, en la verdad más pura que nos deja su voz. Por momentos sentimos estar con él y con el Siglo de Oro, con lo pastoril, con Garcilaso y el mundo de pastores. Nada del mundo ideal, sino del verdadero, el de la tierra, las cabras, la higuera, la herida y ese pueblo que llevó en sus venas y el dolor humano.

“Abierto estoy, mirad, como una herida”.

La herida es un elemento que figura a lo largo de casi toda su obra. Su “Elegía” dedicada a Ramón Sijé “es una herida”, sus sonetos son una herida vertical, una herida que corre de norte a sur como una sierra que deja al tronco de un árbol cortado en dos partes. Observamos la cantidad de veces que el autor menciona el término.

Por otro lado Hernández crea una poesía que es una singularidad. No recuerdo un poeta español ni hispanoamericano, donde la herida fue las muchas tardes de su existencia.

V. Maiakovski nos dice: “Un poeta es cualquier hombre, pero cualquier hombre no es un poeta”. Por momentos hemos tenido un sentido premonitorio de incompreensión, de acorralamiento, de miseria e injusticia, por otros. Llama a las cosas con una palabra que forma un tra-

yecto que se nos presenta familiar. Su lenguaje es sencillo, apretado, no convencional, sino brillantemente entrañable.

Por la intención humana – sin que él supiera – su proyecto excede los límites de un inspirado mundo. ¿Podría haber pensado que tanto dolor puesto en sus poemas habrían hecho de él el hombre de tanto amor? ¿Podría haber imaginado su amigo Sijé que sería el receptor de su “elegía”? Por que no, como lector también sería el otro Sijé, el otro, el mismo, para usar la calificación de Borges.

Conocí a Miguel Hernández por mi padre. ¡El sí que lo quería y estoy casi seguro que el también está esta tarde con nosotros! Quizá fue él quien me dictó estas páginas y no lo sepa. Viajo a sus corazones, “como el sol español puesto en la cara”.

En 1942 tenía una gran tristeza y una enorme alegría. Hernández ya no estaba más con nosotros y después, al muy poco tiempo me tendría en sus brazos. Todo esto pasó en su corazón.

